

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
BELLAS ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.



Año VI — Santiago, Mayo de 1929 — Núm. 53

Romain Rolland.

LA INDIA EN MARCHA


Introducción a un estudio sobre la mística y la acción de la India viviente.

Estas páginas forman parte de una *Advertencia al lector de Occidente*, que precede a una obra en dos tomos (que se publicará próximamente en París) sobre dos grandes personalidades indias de nuestro tiempo: Ramakrishna y Vivekananda.

El ex-profesor de la Sorbona, retirado hoy en las montañas de Suiza, ha arreglado especialmente esta introducción para nuestros lectores a fin de darles una vista panorámica del movimiento religioso y filosófico indio desde hace un siglo y de su marcha hacia la unidad.

Traducción especial para *Atenea*, autorizada expresamente por el autor, de Carlos Deambrosis Martins.

I

E consagrado mi vida a la reconciliación de los hombres. He tratado de conseguirlo entre los pueblos de Europa y, particularmente, entre los dos grandes hermanos enemigos de Occidente. Me he esforzado en ello desde hace diez años entre el Occidente y el Oriente. Y quisiera

intentarlo también entre las diversas formas del espíritu que el Oriente y el Occidente han pretendido (equivocadamente) representar: la razón y la fe, pues una y otra están repartidas casi por igual en los dos lados. Aunque no lo parezca...

Si he seguido constantemente esta línea de conducta, no ha sido por principios abstractos. Es porque ésta es mi línea de vida.

Las circunstancias han hecho que esta vida haya tenido desde su infancia que abrirse paso entre campos de espíritu opuestos, de los que conozco por igual las debilidades y las fuerzas, los ciegos prejuicios y las nobles razones de ser y de querer durar.

Al principio, siendo niño, en una provincia francesa, el diario roce entre el catolicismo conservador y el anticlericalismo republicano que, brutalmente acentuado hacia 1880 cuando llegaba yo a París, adquiría un estado de riña crónica, entre el espíritu laico y el espíritu de la Iglesia, entre una fe intolerante y un libre pensamiento que no lo era menos. Después, el gran choque del año 1895 entre cristianos y judíos, entre los nacionalistas y la Internacional. Y luego los choques amenazadores entre la patria francesa y el enemigo hereditario, que no siempre era el mismo (el de Fachoda se había convertido, como se sabe, en aliado cordial en la refriega en que se suicidó el Occidente). En fin, el cuerpo a cuerpo que se anuncia entre la raza blanca, debilitada pero siempre ávida, y el Asia, aparece de repente en la escena del mundo a donde la hizo entrar Europa después de haberla estado abofeteando durante mucho tiempo y de haberla después armado.

En todos estos conflictos siempre he comprobado que cada adversario desconoce al otro, así como sus razones, su naturaleza y sus derechos.

Desde el fin de la guerra me asocié con amigos a quienes mucho aprecio, con el fin común de remediar las injusticias sociales y defender las libertades. Pero

lo mismo antes que ahora tengo pocos amigos que piensen como yo. Pues soy y fui siempre esencialmente religioso, en el sentido libre, enteramente desprendido de todo credo exclusivo.

Ahora bien, yo veo en primer término a los que tienen el alma religiosa encerrarse la mayor parte entre los muros de su capilla, y no sólo se niegan a salir (están en su derecho) sino que rechazarían, si pudiesen, todo lo que existe fuera. Por otro lado, mis compañeros y aliados, que en su mayoría se hallan desprovistos de sentido religioso (están en su derecho), suelen considerarse como designados para combatir y negar el derecho a existir de las almas religiosas. Se los ve encarnizarse en sistemáticas demoliciones de la religión sin darse cuenta de que atacan una cosa que no conocen. Pues ¿de qué sirve razonar sobre la religión, según el único aspecto con que nos la presentan los textos históricos o pseudohistóricos que el tiempo ha desmoronado o cubierto con su pátina? Es lo mismo que querer explicar el hecho interior de la conciencia psicológica por la disección de los órganos materiales que son sus instrumentos. Esta confusión que hacen nuestros «racionalistas» del signo de la expresión con la energía del pensamiento, me parece tan ilusoria como la que era común en las antiguas religiones que identificaban las potencias mágicas con las palabras, las sílabas o las letras que las designaban.

La primera condición para conocer, juzgar, y si se quiere, combatir la religión o las religiones, es haber experimentado sobre sí mismo el hecho de la conciencia religiosa. Y aún todos los que han pasado por la profesión religiosa no pueden considerarse calificados para hablar de ella, pues si son sinceros reconocerán que el hecho de la conciencia religiosa y la profesión religiosa son dos cosas distintas. Muchos sacerdotes muy dignos son creyentes por obediencia o por razonamiento prudente y perezoso, puesto que nunca han

sentido la necesidad de la experiencia religiosa, o no sintiéndose con suficientes fuerzas no han tratado de intentarla. Gran número de espíritus que están o creen estar libres de toda religión, viven bañados en un estado de conciencia suprarracional, que ellos califican de socialismo, comunismo, humanitarismo, nacionalismo y hasta racionalismo. No es el objeto del pensamiento lo que determina su procedencia y permite decidir si sale o no de la religión; es la calidad de este pensamiento. Si se orienta con intrepidez hacia la investigación de la verdad, cueste lo que cueste, con entera sinceridad y dispuesto a todos los sacrificios, le llamo religioso: pues presupone la fe como punto de mira del esfuerzo humano, superior a la vida del individuo, a veces de la comunidad presente y hasta de la humanidad entera. Aún el escepticismo, cuando es la expresión de la fuerza y no de la impotencia, participa en el gran ejército del alma religiosa.

No tienen ningún derecho, al contrario, para ostentar los colores muchos de esos creyentes de las Iglesias —clericales o laicas— que no creen por ellos mismos, sino que se revuelcan en el establo en que han nacido, ante el pesebre lleno del heno de las creencias cómodas, que sólo tienen que tomarse el trabajo de rumiar.

Bien conocida es la frase trágica sobre Cristo, que «estará en la agonía hasta el fin del mundo». Yo por mi parte no creo en un Dios personal ni muchos menos en un Dios del solo Dolor. Pero creo que (dolor y alegría mezclados, y con ellos todas las formas de la vida) no es de Dios sino lo que es en el hombre y en los hombres y en el universo, un perpetuo nacimiento. La Creación se renueva a cada instante. La religión no es una obra terminada. Es el manantial que brota. No es el estanque. La religión es el acto y la voluntad de obrar, perpetuos.

Yo he nacido en una región en donde hay muchos ríos. Los quiero como si fueran de mi familia y com-

prendo que mis antepasados echasen en ellos el vino y la leche. Ahora bien, de todos estos ríos el más sagrado es el que brota siempre en el fondo del alma entre el basalto, la arena y los ventisqueros. Allí está la primera fuerza que yo llamo religiosa. Es común al arte y a la acción, a las ciencias y a las religiones, a todo este río del alma, que, desde su insondable y sombrío nacimiento se arrastra por la irresistible pendiente hasta el océano del Sér; consciente, realizado, dominado. Y, de la misma manera que el agua sube en forma de vapor, desde el mar a las nubes para alimentar el caudal de los ríos, los cielos de la creación se encadenan sin interrupción. Y, desde el manantial al mar y desde el mar al manantial, es la misma Energía, el Sér, sin principio ni fin, que es igual que se llame Dios (¿qué Dios?) o fuerza (¿qué fuerza?). Aunque se denomine materia (¿qué materia puede designar por igual las energías del espíritu?). ¡Palabras y nada más que palabras!... La esencia es la unidad, no abstracta, sino viva, viviente. Y ésta es la que yo adoro, así como los grandes creyentes y los grandes ignorantes, que la llevan en sí, en ellos mismos, conscientes o inconscientes.

II

A ella dedico la nueva obra que preparo: a la gran diosa, invisible, inmanente, que ata con sus brazos de oro la gavilla matizada de la polifonía: la unidad.

Desde hace un siglo, ella es en la nueva India el blanco a donde todos los arqueros lanzan sus flechas, el mar a donde se encaminan en un Ganges todos los torrentes de las personalidades que han surgido de las antiguas energías de su tierra. Cualesquiera que sean las diferencias entre ellas, no veo a distancia más que un majestuoso *camino que marcha*. La dirección es la misma: la unidad humana, por el canal de Dios. Pero a cada relevo de equipos, la unidad se ensancha, al mismo tiempo que se precisa.

Desde el principio hasta el fin de este gran movimiento se tratará siempre de la cooperación sobre una base de igualdad de Oriente y de Occidente, y de las fuerzas de la razón con ellas, no de la fe, en el sentido de la ciega aceptación que ha tomado en las épocas serviles y en las razas agotadas, sino en el de la intuición viva y vidente: el ojo en la frente del Cíclope, que no anula sino que completa a los otros dos.

Magnífica avenida de los héroes del espíritu, al principio y al fin de la cual se yerguen dos genios de gran potencia, abarcando todo el campo del pensamiento de su tiempo: *Ram Mohun Roy* y *Aurobindo Ghose*. El uno muere cumplidos más de cien años, el otro en pleno vigor; ambos realizan la síntesis de la más alta cultura de Asia y de Europa.

Ram Mohun Roy (1774-1883), educado en la corte del Gran Mogol, en donde era todavía el persa la lengua oficial, había aprendido siendo niño el árabe y leído en este idioma a Aristóteles y a Euclides, aunque como Brahamán era ortodoxo de nacimiento nutrido con el pensamiento islámico, conocía el sánscrito, el bengalí, el hebreo, el griego, el latín y el inglés, rajá, embajador del emperador de Delhi en Inglaterra, poderoso reformador en perpetua lucha con los prejuicios religiosos y sociales de su pueblo, dejó allí después de sesenta años de heroica labor, hundida en el surco la reja de su famoso *Brahmo Samaj*, del cual ha celebrado este año la India el centenario (25 de Agosto de 1828), la Iglesia Universal, la casa del uno todo poderoso, abierta a todos los hombres sin distinción de color, de casta, de nación, ni de religión—esta *Magna Charta Dei* que ha fundado una edad nueva de la India y de Asia.

Pero la unidad forjada por este príncipe del espíritu, era la de una *élite*, como él, aristocrática y de la cual los Tagores fueron, según él, los nobles representantes. En su *Brahmo Samaj* pretendían unir, pero dominándolos desde lo alto de su real idealismo, los idealismos

más puros, los sangre-azules del pensamiento religioso de Europa y de Asia.

Con el gran *Keshub Chunder Sen* (1838-1884) se ve crecer el río. Se abren las primeras esclusas de sangre roja, sangre del Cristo, sangre de todos los precursores de la familia humana: profetas, santos, mártires, sabios, apóstoles, misioneros, filántropos de todos los países y de todos los tiempos, de todos los héroes de la bondad y de la verdad (y la ciencia tiene su justo lugar): pues cada uno es un mensajero del cielo que está por encima del hombre. Keshub trae a la India la *Nueva Dispensación*, el mensaje que, en su pensamiento, es la continuación del Evangelio de Jesús y que debe dirigirse a todos los pueblos de la tierra. Pero su unitarismo sigue siendo de una aristocracia que por ser más democrática que la de Roy y corresponder poco más o menos con la de nuestros grandes intelectuales de Occidente en la época en que en la Sorbona hacían su confluencia el Dios y la Razón, impone a todos la ley del teísmo riguroso, emparentado con el de la Biblia, e igualmente cerrado al monoteísmo absoluto que trata desde luego de ateísmo, y al politeísmo popular, que se esfuerza en reducir a la condición intelectualista de atributos del único Dios.

Tal radicalismo en un movimiento de reformas, demasiado marcadas con la huella de Occidente, trae la reacción nacional y popular de Dayananda Sarasvaty (1827-1883) que opone al Brahmosamaj el Aryasamaj (1875), fundado sobre principios no menos puros, pero cuyos elementos estaban tomados exclusivamente del fondo de pensamiento racial, rigurosamente filtrados y reorganizados, de grado o por fuerza en un viril y severo teísmo hindú.

Pero entre los dos teísmos de Keshub y de Dayananda estaba toda la selva: los millones de dioses y el sér sin forma ni nombre: lo absoluto.

Ahora bien, el paso decisivo está dado al mismo

tiempo por un simple vidente de gran corazón: Ramakrishna (1836-1886) que presenta el gran río de dios al cual afluyen todos los riachuelos y todos los arroyos. No excluye a ninguno: ni a los pueblos que veneran a humildes dioscellos, ni a los de los grandes dioses de la India, de Judea, del Islam o de Galilea, ni al Dios-Padre (o Madre), ni al Océano sin orillas ni fondo, la indecible unidad. Todos, su sed sagrada de lo Divino les absorbe. Dice sonriendo: «¡Que vengan más todavía! ¡Todas las puertas están abiertas a los dioses del porvenir! Pues todos los que fueron, son y serán, son uno.»

Lo que el único del corazón había realizado en Ramakrishna—la Unidad encarnada, que él fué, y que por él se convirtió en el Verbo de una nueva catolicidad—ha encontrado su San Pablo, pero de una amplitud de espíritu más enciclopédica, en la gran disciplina, Vivekananda (1863-1902). En su obra escrita y en su predicación ha vuelto a tomar el mensaje del maestro, con su pasión propia y su potencia intelectual. No solamente ha elevado a la Unidad del Espíritu humano un monumento del pensamiento, en donde la ciencia de Occidente y la ciencia vedántica tratan de armonizarse y de donde no se excluye ninguna forma del libre pensamiento, ni aún la negación. Ha puesto fin al divorcio que separaba en su pueblo la meditación de la acción, y creado un orden semejante a los de la antigua cristiandad en su edad heroica, que conduce de frente el servicio del Espíritu eterno y el servicio de los hombres errantes, dolientes y mortales. Este orden, cuya gran enseñanza tiende a crear el hombre completo, por la triple cultura de la cabeza, del corazón y de las manos, cuyo único objeto es el de cumplir la armonía y la cooperación de las creencias y de las doctrinas del universo, forma una constelación de monasterios, escuelas, hogares de servicios, cuya estrella polar está sobre las nieves de los Hima-

layas, el Advaita Ashram, consagrado al monismo absoluto de la ciencia y del Vedantismo abstracto y, sobre estas altas mesetas del espíritu que dominan todos los caminos del pensamiento, en donde se encuentra el Occidente con el Oriente.

III

Y no es esto todo. He aquí a Aurobindo Ghose, la síntesis más completa que se ha realizado hasta hoy del genio de Europa y del Asia. Penetrado de la ciencia moderna y de la sabiduría de las escrituras indias de las que es hoy en la India sabio y atrevido intérprete, habla y escribe el sánscrito, el griego, el latín, el inglés, el francés y el alemán, antiguo jefe político de la Bengala rebelde, ahora retirado en Pondichery, en donde hace cerca de veinte años ha reconcentrado sus energías en las profundidades de la sabiduría y la ciencia de la India. Ahora mismo lleva a su pueblo un nuevo mensaje que completa los precedentes y que tratando de armonizar los esfuerzos de la India con las actividades de Occidente, hace girar hacia la acción ascendente todas las fuerzas del espíritu. El Occidente que se complacía en presentar un Oriente pasivo, estático, ataráxico, se hallará sorprendido al ver dentro de poco una India que nos adelantará en la embriaguez del progreso y del movimiento ascendente. Si, con Ramakrishna, Vivekananda y Ghose, retrocede por momentos hasta las lejanías de su pensamiento, es para tomar carrera, a fin de saltar mejor y más de prisa. Un Aurobindo Ghose se halla inflamado de una fe sin igual en los poderes ilimitados del alma y en el progreso humano. Entera es su aceptación de las conquistas materiales y científicas del espíritu de Europa; pero él las considera como un nuevo punto de partida; quiere que la India utilizando estos métodos los aventaje. Pues cree que la humanidad está a punto de en-

sanchar su dominio por un nuevo saber, por nuevos poderes, por nuevas capacidades, que crearán una revolución tan grande en la vida humana como la que hizo la ciencia física en el siglo XIX. Es la incorporación reflexiva, metódica, en la ciencia integral de la intuición, explorador y furriel del espíritu cuya razón lógica es el grueso del ejército y asegura sus conquistas. Ninguna solución de continuidad entre la unidad divina y el hombre que obra. No es ya cuestión de renunciar a la Naturaleza, ilusoria, para libertarse en Dios. No se libra uno completamente más que aceptando con viril alegría la Naturaleza integral, maridándose a ella, dominándola. Nada de abdicación. Nada de venda. Del corazón de la unidad conquistada, del sér tranquilo y sin lazos, la vida total, el juego cósmico se abrazan en su infinita multiplicidad por todas nuestras energías, en plena conciencia, con los ojos abiertos. El Dios obra en y para el hombre. Los hombres libres son los canales de acción en este mundo.

USHA (la aurora) va hacia el fin de las que van más allá, es la primera en la eterna sucesión de las auroras venideras. Se confunde con las auroras que brillaron en lo pasado y con las que brillarán en lo porvenir. Aspirando a las antiguas resplandece con su luz. Proyectando más adelante su iluminación comunica con las que vendrán...

Empezamos a percibir el sentido de la prodigiosa curva del espíritu humano desde hace dos siglos, su emancipación por el racionalismo crítico, negador y revolucionario, el sublime desarrollo de la ciencia experimental y positiva en el siglo XIX, sus inmensas esperanzas y sus promesas fabulosas, su quiebra parcial al final del siglo XIX, esta especie de movimiento sísmico procedente de los comienzos del siglo XX que sacude los cimientos del edificio del espíritu, la inseguridad de las leyes científicas que evolucionan y varían como la misma humanidad, la entrada en juego

de la relatividad, la invasión del subconsciente, el racionalismo antiguo amenazado que pasa del asalto a la defensa, sin que las antiguas fes puedan encontrar, en el terreno que la razón ha arruinado, los viejos cimientos para reconstruir sobre ellos. . . .

Aquí está: ¡todo ha servido! He aquí que llega la promesa de una edad de nueva síntesis en la que un nuevo racionalismo más amplio se unirá a un nuevo intuicionismo establecido sobre más sólidas bases. Los esfuerzos reunidos de Oriente y Occidente crearán un nuevo orden de pensamiento más libre y más universal. Y como sucede siempre, en la edad de la plenitud, el resultado inmediato de este orden interior será la afluencia de fuerza y de confianza, la llama que alimenta el espíritu, un renuevo de la vida individual y social. . . .

Allí donde el espíritu no tiene miedo y se va con la cabeza erguida, allí donde es libre el conocimiento, allí donde no se ha dividido el mundo entre estrechas paredes medianeras, allí donde las palabras emanan de las profundidades de la sinceridad, allí donde la clara corriente de la razón no se extravía en el árido y triste desierto de la costumbre, allí donde el espíritu adelanta en el continuo desarrollo del pensamiento y de la acción. . . ., allí nos encaminamos nosotros, en medio de las tempestades, guiados por nuestras constelaciones.

IV

Pero no estamos allí y, por ahora, volvamos a los que nos abren el camino hacia los nuevos puntos de vista desde donde descubriremos la unidad que se ignora, del pensamiento humano y de sus grandes rebaños que se atropellan en la arena.

Voy a contar la historia de Ramakrishna y de Vivekananda, que publicaré en una obra próximamente.

El asunto de esta obra es triple y uno, comprenderá el relato de dos vidas extraordinarias, la una casi fabulosa, la otra verdaderamente épica y que acaban de desarrollarse en nuestro tiempo, a nuestras puertas: la exposición de un poderoso pensamiento religioso, filosófico, moral y social que, saliendo del fondo de los siglos de la India, se dirige a la humanidad de hoy.

Aunque el interés patético, la poesía fascinadora, el encanto y la grandeza homéricos de las dos vidas bastan para explicar que me haya pasado dos años de la mía en estudiar su curso y en explorar sus orillas, a fin de que ahora paséis por ella la vista.

Yo no soy diletante. No traigo a los lectores fatigados razones para eludir sino para encontrar. Encontrar el yo profundo, desnudo, sin máscaras, sin mentiras. Me he unido a los que lo han buscado, sin preocuparme del límite de los siglos ni de las naciones. No es para el alma desnuda, Occidente ni Oriente: son sus vestidos. El mundo es su casa. Siendo su casa de todos lo es también para todos.

¡Dispensadme si para hacer comprender el pensamiento íntimo de donde ha salido este escrito—esta voluminosa obra sobre la India—me presento un momento en escena! Pero es sólo a título de ejemplo excepcional. Yo soy uno de nuestro pueblo. Soy un representante de millares de hombres de Occidente que no tienen medios o tiempo para expresarse. Cada vez que alguno de nosotros habla desde el fondo del corazón a fin de libertarse, al mismo tiempo su voz liberta a millares de silenciosos. ¡Así, pues, escuchad no mi voz sino el eco!

He nacido y he pasado los catorce primeros años de mi vida en el centro de Francia, en donde mi familia se había establecido hacía algunos siglos. Mi linaje es exclusivamente francés y católico, sin ninguna mezcla extraña. Hasta que me fuí a París, pasé mi infancia en una provincia nivernesa, que no dejaba que se filtrase ningún elemento de fuera.

Ahora bien, en ese vaso cerrado, modelado en la arcilla de los galos, con su cielo azul de lino y el agua de sus ríos, he encontrado desde mi niñez todas las impresiones del universo. Cuando más tarde he recorrido los caminos del pensamiento, en ningún país he encontrado nada extraño. Todas las formas de las almas me eran conocidas o las había presentido desde su origen. La experiencia de fuera sólo me traía la realización de estados interiores que yo había registrado sin poder encontrar la clave. Ni Shakespeare ni Beethoven, ni Tolstoi ni Roma, mis grandes maestros, me han revelado más que mi «¡Abrete sésamo!» de mi ciudad subterránea, de mi Herculano, que dormía bajo la lava. Me he convencido que duerme en el fondo de muchos de los que me rodean. Pero ignoran su asiento como yo lo ignoraba. Y, muy pocos se han atrevido a ir más allá del primer piso de la cueva, limitando sus necesidades con economía, y la voluntad de orden de los maestros que han cimentado la alternativamente real y jacobina unidad de Francia. Yo admiro esta construcción. Historiador de profesión, veo en ella una de las grandes obras de la energía humana, iluminada por el espíritu. . . . *Ære perennius*. . . Pero, según la antigua leyenda que, para que durase la obra se había de emparedar en ella a un hombre vivo, nuestros arquitectos han ahogado en su mortero a millares de almas. Y no se las volverá a ver bajo el revestimiento de mármol y cemento romano. . . ¡Pero yo, yo las oigo! Todo el que preste atención las oirá como yo mientras se desarrolla la noble liturgia del pensamiento clásico. El oficio que se celebra en el altar mayor casi no hay que tenerlo en cuenta. Pero sí a los fieles que siguen a esta multitud dócil y distraída que se arrodilla y se levanta, según las señales que le hacen. Francia es rica en almas. Pero la vieja aldeana las oculta, como sus escudos.

Acabo de encontrar la llave de una escalera perdida

que conduce a algunas de estas almas vedadas. La escalera, que cual una serpiente, se desenrolla desde el fondo de los subterráneos del yo hasta las altas terrazas, cuya frente se halla coronada con una cabellera de estrellas. Nada de lo que allí he visto me era desconocido; todo aquéllo lo había visto ya, pero no sabía dónde. Más de una vez había recitado de memoria— aunque no sin faltas—la lección del pensamiento, que antaño había aprendido (¿pero de quién?, de uno de mis yo muy antiguo). La digo hoy clara y cumplidamente en el libro que me tiende el genial analfabeto que sabía de memoria todas las páginas: Ramakrishna.

Os lo presentaré, pero no como un libro nuevo sino como un libro viejo que habéis deletreado. En el fondo, el libro que se lee es siempre el mismo aunque la letra varíe. La vista suele quedarse fija en la cáscara del fruto sin morder la carne. Este es siempre el mismo libro. Este es siempre el mismo hombre. El hijo del hombre, eterno. Nuestro hijo. Nuestro dios añorado. En cada una de sus vueltas se revela un poco más, más rico de universo.

Con las diferencias de los países y del tiempo, Ramakrishna es un hermano pequeño de nuestro Cristo. Si se quiere se puede demostrar, como se esfuerza en ello la exégesis libre-pensadora de hoy, que toda la doctrina del Cristo estaba difundida antes de él, en el alma oriental, sembrada por los pensadores de Caldea, de Egipto, de Atenas y de Jonia. No se hará nunca que la persona del Cristo, real o legendaria (estos son dos órdenes de la misma realidad) no domine en la historia del hombre la persona de un Platón. Es la creación monumental y necesaria del alma de la humanidad. Es su fruto más hermoso y uno de sus otoños. El mismo árbol ha producido por una misma ley de la naturaleza la vida y la leyenda. Ambos son la misma carne viva y el halo de su mirada y de su aliento.

Yo traigo a Europa y a América, que no los conocen, el fruto de un nuevo otoño, un mensaje nuevo del alma, la sinfonía de la India que se llama Ramakrishna. Podrá demostrarse (y nosotros no dejaremos de indicarlo) que esta sinfonía, como las de Beethoven, está compuesta con cien elementos musicales del pasado. Pero la personalidad maestra en la que se concentran la diversidad de los elementos y que los organiza en una soberana armonía, es siempre la que da su nombre a la obra en que han trabajado varias generaciones. Y con su signo victorioso ella es la que marca la era.

El hombre cuya imagen evoco fué el coronamiento de dos mil años de la vida anterior de un pueblo de trescientos millones de habitantes. Aunque hace cuarenta años que murió, es el Animador de la India de nuestro tiempo. No era ni un héroe de la acción como Gandhi, ni un genio del arte o del pensamiento, como Goethe o Tagore. Era un sencillo aldeano de Bengala, cuya vida exterior se desarrolló en un cuadro limitado sin incidentes importantes, fuera de la acción política y social de mi época. Pero su vida interior abarca la multiplicidad de los hombres y de los dioses. Participaba en el mismo manantial de la energía de la divina Sakti, que canta el viejo poeta de Mithila (1).

Muy pocos llegan al manantial. El humilde campesino de Bengala, escuchando su corazón, ha encontrado los caminos del Mar interior y se ha unido a él realizando los versículos de los Upanishads:

Yo soy más antiguo que los Dioses resplandecientes. Yo soy el primer nacido de las esencias.

Yo soy la arteria de la inmortalidad.

Yo quisiera hacer oír los latidos de la arteria, a los oídos del Occidente febril, que ha matado el sueño.

Quiero frotar sus labios con la sangre de la inmortalidad.

(1) Vidyapati.